Vivir México

Mexicanos al grito de **paz**

Prólogo de Pedro Ángel Palou
Prefacio de Carmen Boullosa

Editorial Parallelo 21 S.A. de C.V.

Vivir México
Mexicanos al grito de paz

Primera edición: noviembre, 2012
Colección Mexicanísimo

ISBN 978-607-7891-12-3
D.R. © 2012 Editorial Paralelo 21, S.A. de C.V.
Mixcoac 31, Col. Merced Gómez, Álvaro Obregón
01600, México, D.F.
www.mexicanisimo.com.mx

Por los textos: los autores

Editorial Paralelo 21 S.A. de C.V.
Director general: Luis Jorge Arnau
Director editorial: Alejandro Toussaint
Editora gráfica: Karina Flores
Coeditor gráfico: Bruno Pérez
Gerente comercial: Verónica Martínez
Administración: Leonor Fernández del Busto, Javier Flores, Ricardo Torres Vargas,
Paulina Pasol, Narciso García Bautista, Leticia Porras, Oyuky Pérez, Juan Ugalde, Irma Cruz

Portada: Bruno Pérez

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido
de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito
de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y,
en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

La reproducción, uso y aprovechamiento por cualquier medio de las imágenes pertenecientes al patrimonio cultural de la nación mexicana, contenidas en esta obra, está limitada conforme a la Ley de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos, y la Ley Federal del Derecho de Autor; su reproducción debe ser aprobada previamente por las autoridades pertinentes y la editorial.

IMPRESO EN MÉXICO **PRINTED IN MEXICO**

México: país en movimiento, encuentro de cientos de horizontes diversos, sincretismo de mundos e historias milenarias, región donde se escriben el principio y el fin del mundo.

Vivir México: incorporar el centro del universo al centro del corazón, mirar detenidamente la realidad difusa, saborear cada instante, reconocer nuestra propia grandeza.

Vivir México –el segundo libro de la colección de fotografías de la revista *Mexicanísimo*– es resultado de miles de miradas sobre nuestras múltiples realidades a todo lo largo y ancho de la República Mexicana. Cientos de fotógrafos viven este maravilloso país y capturan momentos irrepetibles que muestran apenas un instante en el que podemos reconocernos todos.

Para la selección de estas 201 imágenes nos enfrentamos a un archivo de más de mil fotografías enviadas por nuestros lectores, fotógrafos profesionales y amateurs; algunas de ellas ya publicadas en la sección "México es…" de nuestra revista. Complementan cada página de esta edición frases, canciones, pensamientos, poemas, fragmentos de nuestra literatura, refranes y dichos populares que se mezclan con las fotografías para integrar verbos y rostros en aquello que para nosotros y nuestros colaboradores significa ***Vivir México*.**

La selección sólo es una muy breve muestra de la magia que podemos encontrar en México y de la pasión y el orgullo que sentimos por nuestra tierra, el país de todos.

Alejandro Toussaint
Director Editorial

Prólogo

Pedro Ángel Palou

¿Es posible repensar México? ¿Reimaginarlo? Estas *imágenes* nos permiten creer que sí. Vivimos un momento de crisis de sentido en el que, curiosamente, estamos urgidos de significados. ¿Cómo emancipar a México de sus clichés, para abrirlo, cuestionarlo? ¿Cómo *distribuir* sus sensibilidades sin exclusiones, sin elisiones, sin borrar, silenciar, ocultar, fingir? Quizá no se trata ya de *encuadrar* a México sino de desencuadrarlo, sacarlo de lugar.

Vivir México. No *en* México. Relocalizar el lugar, desterritorializarlo para que sea más que una cartografía un reto en su diversidad conceptual.

Una primera operación democrática de la imagen, qué duda cabe, requiere ponerlo en plural. Méxicos: muchos, contrapuestos, repuestos, expuestos, opuestos. Un solo nombre no puede designar muchas realidades. Necesitamos los nombres de los Méxicos. Podrían ser, por ejemplo, estos verbos a los que aluden las mejores imágenes de *Mexicanísimo*, la revista, que ya implica en el superlativo de su título que hay un *demasiado*, un exceso que no hemos sabido representar porque una y otra vez hemos querido un único México, y en nuestro sueño de unidad hemos ejercido el peor de los errores, el de la ceguera de los otros, los múltiples, los que no caben, los Méxicos que, ah caray, se nos desbordan por todos lados y que nos saben a nueva sensibilidad ahora sí por colectiva, por inacabada, por incompleta. No se tata de viajar al México *profundo*, pues todos gozan de diversas superficies y texturas. No se trata de la soledad de un laberinto, pues no hay *centro*, no hay nada que descubrir oculto, inaccesible. No, los demasiados México que fuimos, que estamos siendo y que seremos allí están, nomás hay que voltear a verlos. ¿Cómo insertarnos entonces en una nueva subjetividad colectiva que no cercene, que no corte, que no clausure, sino que abra y multiplique?

No pretendo sugerir aquí, claro, que se trata de negar las dificultades, las tensiones, los desequilibrios y las injusticias. Resolver las diferencias no puede hacerse si se las aplaza, si se las difiere en pos de una falsa armonía. Hay que ver los problemas e intentar sentirlos, pensarlos, intentar resolverlos. El México mestizo, sí, pero también el México indígena. El México urbano, sí, pero también el rural. Y el de los cinturones de miseria y el de la costa y el de la montaña. El de los tarahumaras, pero también el tzotzil. El de los pueblos fantasmas que han sido abandonados por los que se han ido a buscar *del otro lado* lo que este otro lado no pudo ofrecerles. Y el de los que regresan de allá, un año o toda una vida después. El de la casa de cartón y lámina de asbesto, también, y el de *la bestia,* el tren de los centroamericanos que también nos cruzan. Mientras México siga siendo sólo ruina y nostalgia será también aplazamiento y vacío.

Repetición obsesiva, aparición de fantasmas. Los Méxicos también irreconciliables pero coexistentes. Mientras para muchos México signifique hambre, nos faltará todo. Y, como me dijo alguna vez Ricardo "el Finito" López: hambre no sólo de comer, sino de *hacer* y de *ser*. Otros dos verbos imprescindibles. Mientras haya tantas y tan variadas injusticias habrá quien ajusticie. No se trata sólo de tener un estado de derecho, sino que el derecho al estado sea un bien de todos y que a nadie se le niegue. *Barriga llena, corazón contento*. Es cierto y es inaplazable. Se trata de bailar con pasión, o de jugar también con seriedad, que es como juegan los niños, o de tejer *muy fino*, una trama que nos contenga sin aprisionarnos, que nos una liberándonos por distintos, por enriquecidamente diferentes. Hay que sembrar pero no para aplazar, ya estuvo bueno de utopías, hay que soñar, sí, pero para despertarnos de una buena vez sin pesadillas. Abandonar, acampar, acariciar. Leemos. Sí, pero también admirar, y amar y amenizar.

Un niño lee, sentado en una paca, otros más ríen. Está muy bien. Gritamos paz, es cierto. Pero no la paz de la calma chicha, no la *pax* de los regímenes sin democracia y sin participación. La paz del que se calla no nos sirve. Nos sirve la paz del que encuentra su *lugar* porque tiene oportunidades. Otro verbo posible, entonces, sería *gobernar*, pero para todos. Urge un estado transparente, con el que se pueda dialogar, que devuelva con acciones y no con palabras las demandas sociales. Una democracia participativa, no solamente electoral; una distribución más equitativa de la riqueza, el reconocimiento de la enorme hipoteca social sobre la que se ha construido el México moderno. Instituciones sólidas, de servicio –lo mismo de seguridad que de trámite–, fin a la impunidad. Dice el historiador Mauricio Tenorio que hay que cuestionar el mestizaje sin olvidarnos que: "…el mañana es mestizo porque es futuro. No hay otro. Dotémoslo de contenido. Lo que no es futuro es una ideología mestizofílica pensada ya como la gradual homogeneización étnica o cultural sin ningún contenido de bienestar social, ya como el adorno indispensable de un mercado identitario mantenido en total y absoluta desigualdad económica. Tampoco es futuro el cultivo constante de las diferencias civilizacionales en una región cuyos destinos ya son uno".

Se puede anochecer, pero no sin arriesgar, y añorar y atardecer, pero sin dejar de avanzar. Hay que caminar, y cantar y celebrar, pero sobre todo coincidir (aunque se necesite chismear para llegar a esos consensos) para crecer y cultivar y cruzar las aguas de este presente.

Cada una de las imágenes de este libro tiene que *llenarse* de contenido, hasta desbordarse incluso si es necesario. La identidad no es un rígido dato inmutable, –como afirma Claudio Magris–, sino que es fluida, un proceso siempre en marcha, en el que continuamente nos alejamos de nuestros propios orígenes, como el hijo que deja la casa de sus padres, y vuelve a ella con el sentimiento y con el pensamiento; algo que se pierde y se renueva, en un incesante desarraigo y retorno, en una constante asimilación de lo mejor de lo ajeno para juntarlo con lo mejor de lo propio. Quien mejor ha expresado el amor a la patria, siempre pequeña y siempre grande, no es quien celebra bárbaramente el terruño y la sangre, olvidándose que ésta es siempre –oigámoslo bien– siempre mestiza, sino quien ha tenido la experiencia del exilio, del destierro, de la pérdida y ha aprendido que una patria (y una *matria*) y una identidad no se pueden poseer como se posee una propiedad. El amor a las propias raíces necesita insertarse en un horizonte universal. O para seguir con el escritor italiano que tanto nos puede ilustrar a los mexicanos del siglo XXI, la derrota en casi todos los países del orbe de los totalitarismos políticos –cualquiera sea su color– no excluye la posible victoria de un totalitarismo blando y coloidal capaz de promover –a través de mitos, ritos, consignas, representaciones mediáticas y figuras electrónicas– la autoidentificación de las masas, consiguiendo que el pueblo *crea querer* lo que sus gobernantes consideran en cada momento más oportuno y lo impongan a través de encuestas de popularidad, chantajes económicos y escenarios catastrofistas. Cada vez tendremos que usar más la razón para defendernos de las formas racionalizadas de dominación, como la utilización política de los sondeos como instrumento de la demagogia racional. El totalitarismo ahora no se confía ya en las fallidas ideologías fuertes, ni en las logradas ideologías fuertes, sino en las gelatinosas ideologías débiles promovidas por el poder de las comunicaciones.

¿Cómo leer México sin nublar la vista de un horizonte que no se agote en la agobiante identidad? ¿Cómo transmitir y tranquilizar sin ansiedad?

El pasado no sólo debe estudiarse, o recordarse, sino criticarse. La impunidad de ayer es la corrupción de hoy, de la que todos somos responsables. Hay que ver, también, todo lo que hacemos bien, lo que *funciona*, lo que nos ha servido en estos siglos de construcción de un país que es muchos países. Nación heterogénea, totalidad contradictoria.

Este momento nuestro implica y requiere un punto de viraje, una torsión presente. Implica vernos, reconocernos. No por distintos incomprensibles. Mejor aún, comprensibles por diversos. Sí podemos volver al pasado, pero no para aplazar el presente, que es nuestro único tiempo. La historia de México no puede convertirse, otra vez como en todos los regímenes de sentido que nos han precedido, en metáfora, en símbolo de sacrificio ritual, o estaremos condenados a repetirnos sin dar el salto definitivo a una sociedad abierta, crítica, verdaderamente democrática, parlamentaria que reconozca su pluralidad y aprenda a vivir negociando con todas *sus* patrias: la izquierda, la derecha, la del centro; la indígena, la mestiza, la del capital extranjero; la vieja, la nueva y la que aún no tiene rostro; la del norte, la del sur, y la del centro. El México silencioso que describe con lucidez Claudio Lomnitz, el que nunca hemos oído ni ha participado en la esfera pública, que no ha hecho opinión pública porque nunca ha sido élite; el México plural, diverso y que sale a la luz en las peores crisis sigue allí mostrando las fisuras del nacionalismo y su identidad de cartón-piedra.

El poeta zacatecano Ramón López Velarde nos retrató en un poema que se recitó tanto que dejó de tener sentido, pero al que ahora yo vuelvo, su *Suave Patria*:

Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito;
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mejicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagros, como la lotería.

No podemos seguir viviendo *al día*, y para eso debemos Vivir México sin mitos, con verdades, pero incluso mejor: cuando afirma el poeta saber la clave de la dicha, de la felicidad futura de ese México que nosotros nombramos en plural: ser siempre igual, fiel a su espejo diario. No nos equivoquemos en la interpretación: no se trata de fijarse, petrificada, no se trata de ser igual al *presente* que instaura la identidad múltiple, entendida como *estado de código* desde el cual es posible interpretarnos y encontrar esos mínimos comunes múltiplos que son más que un *contrato social*, una democracia posible por incluyente y propiciadora. Proyecto de futuro, sí, pero no por ausente, sino porque se labra en la superficie del día a día, como los hombres y mujeres, las niñas y los niños, los viejos y los recién nacidos que desfilan en estas páginas y que nos muestran, acaso, que este país, el nuestro, es una casa de los espejos: cóncavos y convexos y que las fuerzas a veces centrípetas y algunas centrífugas que nos mueven con la condición misma de nuestra posibilidad, de nuestra existencia. El nuestro, como sabía López Velarde, sí es un mutilado territorio, pero no tiene por qué ser una cobija deshilachada, sino un sarape que nos cubra a todos, protegiéndonos en lo que nos distingue. Una sensibilidad nueva, contradictoria y rica, múltiple y cambiante se antoja posible. En lugar de la piedra la arena, en lugar del monumento, la rapidez de la nube y el reflejo multiplicado del agua. No que todo México sea territorio de un proveedor de señal telefónica, sino de todos los mexicanos.

Ya lo dije pero lo repito. Los Méxicos que queremos ser implican la participación ciudadana y su involucramiento en la vida política, transparencia y rendición de cuentas –acceso a la información y auditoria del gobierno–, en un estado de derecho que no sea un estado de excepción y de guerra. Donde no haya facultades extraordinarias sino apego a la constitución. Esa es la paz que queremos, esa es la democracia que nos empeñamos en buscar.

Reinventemos nuestras ciudadanías, nuestros Méxicos. No el país de uno, sino el país de todos. No *el otro* México, sino los otros, los muchos, los inagotables, los cambiantes. Los que nacen y los que mueren. Todos los Méxicos. Volver a zapatear sí, pero no la misma senda, sino otra, más promisoria.

Necesitamos vivir felices todas las patrias.

Prefacio

Carmen Boullosa

Vivir México

A lo largo del año, vivo México. Todos los días, esté donde esté, si al sur del río Hudson o a unas cuadras de Río Churubusco.

Vivo México sensible, gustativamente con la memoria. Ésta me lleva, por ejemplo, a las paletas heladas de limón, dulces y verdes como una fantasía oriental, las ofrecía tocando sus campanitas el paletero, su carro nos esperaba a la salida de la escuela, en Chapultepec, donde más tarde se instaló el Hotel Nikko (hoy Hyatt Regency). Si me recogía mi mamá, no las compraba porque me iban a enfermar. Si me recogía mi tía Rosa, compraba una para ella y otra para mí, nos las comíamos en lo que esperábamos a Lolis mi hermana, que ya era grande, ya iba en primero de primaria, no le decíamos porque no nos fuera a acusar.

La memoria me lleva al olor de los pies de mis hijos bebés, olían tan preciosamente a pies antes de usar zapatos o calcetines.

Me lleva a las almejas en ajo que guisaba Alejandro Aura.

Me transporta a aquella casita en San Jerónimo en que viví con Hinojosa.

O a las crocantes quesadillas de sesos de Texcoco que, cuando yo era niña, traía algunos domingos mi tío Chucho.

O a las morelianas que abríamos en el coche entre crujidos de celofán.

Por la memoria sensitiva recuerdo el olor del primer puerto que conocí muy niña. Antes de llegar a Veracruz, en el automóvil en que veníamos desde la Ciudad de México, entraba el olor de esa ciudad, una mezcla de mar, arena, manglares; espacio urbano y selva, cocina y peces recién prendidos a la red. El olor de Veracruz, intenso, traía adherido el de las conchas de los ostiones, como si la ciudad fuera una perla más. Olor sólido de mar perlado. Olor a cajita hecha de caracoles diminutos. Olor al sonido de la concha del caracol, igualmente inexplicable. ¿Cómo guarda el caracol el sonido de las olas a punto de reventar?

Un olor fresco, que renacía en cada aspirada, que también traía la espuma de la ola, y la arena, el sol, el agua de coco, los camarones de pelar que vendían en canastas en la playa.

Cuando volvíamos a la Ciudad de México, el olor que llegaba era muy distinto. Primero uno que sería mejor borrar, el de los canales abiertos del desagüe. No lo borro porque con él bordé fantasías de las que no quiero desertar, el leprosario, las cárceles, un manicomio, hospitales para enfermos incurables. Con ese olor aberrante entré y salí en mi imaginación de lugares en los que la gente vivía condenada, encierros que no leía ni en Dumas. No había nada romántico en esto, pero el olor me permitía conocer con la imaginación lugares terribles que coexistían con la ciudad y que también le daban forma. Lo tremendo estaba ahí, a un paso nuestro, invisible. Existía, había que enfrentarlo. Entrenaba la compasión, y en las noches jugaba a una forma doliente de solidaridad, atormentada por mi entrada y salida a esos lugares imaginados que yo sabía reales.

Ya en las propias calles de la Ciudad de México, llegaba el olor a multitud y a combustible, el aire se volvía rasposo y estaba mezclado con variedad de guisos, los puestos de tacos y fritangas, las salsas, los aceites, y los pétalos tronchados de las dalias que poblaban los camellones, y el frescor de las fuentes en los camellones y las glorietas. Combinado, el olor abría y cerraba el apetito, como si él sólo implicara comida y digestión. Un olor completo, con carne, motores andando, movimiento, vida. Elegancia y discreción y también grito sin pudor.

Acapulco olía muy diferente. El mar era más perfumado. Pero la ciudad nos olía menos. Tal vez porque el olor a Acapulco que recuerdo mejor es el de unas semanas que pasamos a las afueras del puerto, en un fraccionamiento en cuyo club privado no dejaban a las muchachas meterse a la alberca, enfureciendo a mi mamá. Peleó sin suerte: el servicio doméstico no podía bañarse donde el resto de la gente. No volvimos nunca.

Si estoy en el extranjero, vivo además México desde una memoria *libresca*, una memoria trabajada. En ésa divago y habito, busco. Porque nuestra carga es tan grande que vamos dejándola en el camino. Me lleno de ansia, ansia por entender México. Si estoy en Coyoacán, el ansia se evapora y da paso a la satisfacción cotidiana: ahí están los volcanes, a unos pasos el mercado y en éste los puestos de frutas, las montañas de moles de diferentes colores y variedad de chiles secos, los dulces, los jugos de todo, los quesos frescos y maduros mexicanos e importados: Jauja vuelto real, y desde las ventanas las jacarandas posiblemente en flor, las eternamente floreadas buganvilias naranjas, color sangre, moradas, fucsia o amarillas, los incansables colibríes, las mariposas, algunas grandes como un milagro, las más teñidas estridentes, como una exclamación monosilábica.

Esta ‘‘ansia’’ a la distancia no es porque sea una memoria doliente o alguna que me evoque una visita traumática al dentista. Pero debo aclarar: el dentista de mi infancia no fue ‘‘traumático’’: todo lo contrario. Era impecable. Entrábamos a su consultorio de buen ánimo, se sentaba uno a su silla sin sombra de temor, con cierta gustosa expectación. Tenía lo más nuevo que proveía la técnica para que nuestros dientes vivieran felices. Dejó de atendernos porque cambió su oficio por lo que hasta entonces había sido su afición de tiempo libre: hacer esculturas muy elaboradas, realistas, que representaban, con ojo aquí sí romántico, algún oficio o condición, un panadero dando forma a una pieza de pan, un zapatero reparando la suela, una niña saltando a la cuerda. Las vendía en El Palacio de Hierro, eran piezas únicas.

La casa en la Roma donde estaba el consultorio del dentista era muy grata, todo en su sitio, la luz entraba tímida por el gran patio central, como no queriendo perturbar el orden doméstico. En la sala de espera había escupideras, limpias y misteriosas, sin que yo pudiera encontrarles su razón de ser; tardé décadas en saber para qué se les había utilizado cuando eran útiles. Su consultorio era tradición y renovación. Nos trataba los dientes con precisa delicadeza.

Aquel dentista es parte del México que vivo. Encarna al país de mi infancia. Con su delicada hechura que nos convirtió en un gusto ir al dentista, y a nuestros dientes en sonrisas felices. Con su deseo de crear en lugar de hacer algo útil, con su decisión de optar por la satisfacción de su gusto, el dentista representa a la cigarra que derrota a la hormiga.

Si digo ‘‘traumático’’ asociado al dentista no es, pues, por carne propia: mi mamá hablaba de sus visitas de niña y jovencita al dentista como experiencias espantosas. Mi abuela contaba de aquel sacamuelas que pasaba por sus tierras llevándose consigo cuanta pieza podía, un ‘‘carnicero’’ que usaba pinzas como pericos para extraerlas.

En las noches, antes de irse a la cama, mi abuela se quitaba la dentadura postiza, su cara se encogía con su puño de arrugas. Se soltaba también la larguísima cabellera blanca. Vieja hermosa y cálida, llena de vigor, que alguna tardecita en que yo la visitara en su laboratorio –*Laboratorio Velásquez Canseco, Materia Prima para la Industria Farmacéutica*– a mis diez y seis o diez y siete años, me pidió el único favor de que tengo memoria.

El laboratorio del mi abuela, repleto de frascos, tambos y latas en perfecto orden –más los útiles de trabajo, la bomba de vacío, las básculas diversas, los extractores, el papel filtro– tenía al lado una bodega abierta, el patio de atrás donde acomodaban grandes sacos con hierbas olorosas, o frutas (aguacate), o plantas (nopales). La vainilla, las almendras, la canela vivían sí vivían bajo techa, pero flores y hojas de olores poderosos, antes de someterse a sus tratamientos para obtener extractos, quedaban afuera, lejos de los rosales que mi abuela celaba tanto. No se parecía nada a una farmacia –su hermano tenía una en Comalcalco, que abrió con el consultorio de mi abuelo, muchos años atrás, en aquella los frascos de cerámica y vidrio. En el laboratorio los volúmenes eran grandes, los contenedores también. El olor no tenía precio.

Aquel favor que me pidió en su laboratorio fue:

–Carmelita, ¿me pasas ese frasco, el del tercer estante arriba, a la derecha?

Los ‘‘frascos’’ eran botellones de sesenta o setenta centímetros de alto, llenos de extractos de distintos colores. Subí en su escalerilla de madera para bajárselo. Pero no pude moverlo un centímetro, por más esfuerzo.

–Carmelita, niña, déjalo, te vas a lastimar.

Bajé.

Y la vieja, que ya iba a cumplir ochenta, subió con cautela la escalera, tomó el frasco en la mano derecha, y bajó con éste, sin sombra de queja, sin darse cuenta de que me dejaba boquiabierta y sintiéndome estúpida, estúpidamente inútil, siempre niña ante ella.

Esa vieja total y juvenil, que sabía reír hasta las lágrimas, que contaba historias sin descanso, hilándolas como rosarios, imparable, encarna mi ‘‘México’’.

Mi abuela de azúcar, blanca y dura como un caramelo transparente, a prueba del calor, hecha traslúcida por tanto sol. Mi ‘‘México’’.

Vivir México con ansia: querer más dosis de él. Querer más de él.

Otras veces mi memoria sensible recuerda el olor de la Huasteca Hidalguense, húmedo verde hambriento y generoso, hablando lenguas diversas, cargando leyendas. En la Huasteca pasamos un año, en 1962, cuando las carreteras principales no llegaban a Huejutla. Por lo regular íbamos en camión, transbordábamos dos veces. En algunos viajes llegábamos en avioneta que tomábamos en Tantoyuca, aterrizábamos en el rancho de un ingeniero que también sabía pilotear y que escondía de las autoridades haber

descubierto ahí, junto a la improvisada pista, ruinas prehispánicas, por miedo a perder la tierra donde caían las llantas de la avioneta, rebotando, rebotando.

¿Las llantas de aquella avioneta tropezarían con la punta de una piedra que tenía grabado el año de su construcción, muy antes de que llegaran otros intrusos provenientes del otro lado de un océano, de un continente entonces no imaginado por los otomíes, nahuas, toltecas, zapotecas? En el borde de esa piedra posible, en el roce de la llanta de aquella avioneta pequeña que parecía más frágil que si fuera de papel, imagino el bordado en la piedra, como si lo hubieran tejido con sus ganchos incansables las manos de mi abuela.

De aquel borde de la piedra, huelo el encaje: las manos de mi abuela no dejaban nunca de trabajar: "México" trabaja.

En la mañana, en su laboratorio, después en la cocina, al terminar las horas de oficina y acercarse la noche, molía chocolate o preparaba dulces de nuez, coco, almendra, o tamales para alguna fiesta especial, o mermeladas, o higos en almíbar, o queso de puerco –ese embutido exquisito–, o la joya de la corona: la gallina rellena –mezcla de embutido, un guiso espectacular–. Ya de noche, prendía la tele. Se sentaba frente a ella con las dos muchachas (doña Luz, centenaria, Felipa cincuentona), a ver alguna telenovela. Ver no es lo correcto: mi abuela tejía a gancho, no veía la pantalla, escuchaba la tele como si fuera radio mientras tejía largos manteles, uno para cada nieta, a gancho, con hilo de algodón, siempre blanco.

Mi abuela era de tierra y de mar, de montaña y de llano, de terreno sombreado y de pastos abiertos a la luz del sol. Era de Comalcalco, Tabasco, de tierras donde se cultivaba el cacao. Repetidas veces me negaba que hubiera indios en su tierra, pero de inmediato pasaba a contarme cómo a uno de los capataces se le pasó la mano azotando a tal jornalero –"venía de estar en Chiapas, allá era distinto el trato"–, y la venganza contra él –"lo encontraron muerto"–, y hablaba de las pizcadoras descansando en las hamacas cuando venía la enorme nauyaca y les robaba al niño, y de aquella otra nauyaca que vieron un día en la carretera –"no le alcanzamos a ver ni la cabeza ni la cola, tu abuelo, que era idéntico a ti (no dejaba ocasión para recordármelo), paró el coche, y yo le decía 'Enrique, no, síguete que nos atrapa', pero él no quería pisáramos ese animal tan formidable"–.

Mi abuelo, era idéntico a mí, oaxaqueño, médico veterinario militar, el ejército lo mandó a Tabasco, ahí conoció a mi abuela, y al gobernador Garrido, con el que trabajó; ésa es otra historia.

Como el danzón, México baila en tiempo sostenido. No agita la figura, no se despeina, no se aturde.

Nuestra virtud es desafiar el camino de la flecha. Nosotros no nos apropiamos de la herencia del flechero sino la del artista que puso en la piedra lo permanente, y que cada cincuenta y dos años desplazó a su creación por otra de más reciente hechura, para apuntalar una memoria circular, para trazar un camino con retorno, no en círculos o en óvalos, en figuras barrocas o en trazos geométricas.

Los europeos se parecen más a los indios flecheros. Apuntan, y ahí va. La cola de la flecha deja atrás lo que resta atrás.

México es el punto de cruce entre la fachada de Santa Prisca de Taxco con las sobrias figuras de Monte Albán: las definidas líneas geométricas se maridan con los caminos de las volutas y figuras barrocas. México es el equilibrio imposible entre lo más barroco y la limpia sencillez. Como la cocina de mi abuela: en cada platillo, hasta en el más sencillo, había una sabiduría compleja. Hacía los plátanos fritos en etapas. Un proceso opuesto al del tostón cubano, que se aplasta, echando fuera el exceso de aceite. Quedaban ensopados y sobrios. Del exceso obtenía la medida perfecta, parecía mesura, contención. ¿Alguien cree que no son sanos esos plátanos fritos que guardan aceite, los frijoles refritos, las carnes de puerco, las salsas elaboradas con chiles y especies? Mi abuela vivó más de noventa años, sin una sola enfermedad. Se apagó su vida en unas horas, como una velita. La cabeza entera, mi abuela "México".

Por algo en las cocinas de México la licuadora es un elemento imprescindible: hay que convertir en una sola unidad a ingredientes aparentemente incompatibles. ¿Metáfora de nuestras herencias culturales, activa cada día en la cocina, en la simple preparación de la base de cualquier sopa o salsa?

Vivir México

Desciende Kukulkán:
comienza el universo
entre luces y sombras,
profecías y esperanzas.
En los albores,
la tierra respira apenas
el pulso inquebrantable
de seres de bronce.
Luego un acorde,
serenata mexicana,
lo inventa todo.
Entre el humo del copal
y danzas a los cuatro vientos,
la voz saluda al cosmos,
y se inscriben nuestros nombres.
Se elevan los cantos
hacia las selvas y los mares,
hacia los campos
y las ciudades de jade.
Aquí, la vida es fiesta,
el agave duerme en la sangre,
y cada día, el mismo verso,
la misma rima, el mismo grito:
¡Viva México!

Alejandro Toussaint

Abandonar

De los amigos que yo más quería
y en breve trecho me han abandonado,
se deslizan las sombras a mi lado,
escaso alivio a mi melancolía.

Alfonso Reyes, “Ausencias”

Acampar

Derramaba sus últimos fulgores
el moribundo sol;
la brisa de la tarde suspiraba
con lánguido rumor,
y en los árboles secos la torcaza
lanzaba su canción,
en tanto que en el cauce del arroyo
que el invierno secó,
susurraban las hojas amarillas
algo como un adiós.

Elena Castro, “A Manuel Acuña”

Admirar

Como todos los enamorados, vivo
en la incertidumbre. Sé de ella muy
pocas cosas, y sin embargo ya me he
hecho muchas ilusiones. A la hora de
que compare la realidad con lo que
sueño puede ocurrirme un desastre.

Juan José Arreola, *La feria*

Adornar

No es nada de tu cuerpo,
ni una brizna, ni un pétalo,
ni una gota, ni un grano, ni un momento.
Es sólo este lugar donde estuviste,
estos mis brazos tercos.

Jaime Sabines, “No es nada de tu cuerpo…”

De Cocula es el mariachi,
de Tecalitlán los sones,
de San Pedro su cantar,
de Tequila su mezcal
y los machos de Jalisco,
afamados por entrones,
por eso traen pantalones.

Manuel Esperón, "Cocula"

Afrontar

Caminante, caminante,
también en mi camino
la nube blanca vi,
también escuché el canto
pobrecito de mí.

Antonio Mediz, “Caminante del Mayab”

Aguardar

Han muerto la mayor parte de sus amigos y conocidos
y aguarda su turno en la fila hacia la nada.

Beatriz Espejo, “Sólo los reyes tienen tales placeres”

Alegrar

Y que truene la tambora
y que suene el acordeón,
porque con banda y norteño
se me alegra el corazón.

Los Intocables del Norte, “Que suene la tambora”

Alimentar

A falta de pan… tortillas.

Dicho popular

Amar

Toda tú eres santuario,
toda blanca;
se ha llenado tu cuerpo de designios.
Tienes la santidad de la esperanza
y la paz
generosa
de los lirios.
Toda tú eres milagro,
das tu lecho
de altas arenas
al naciente río;
enciendes en tu sangre
el claro fuego
y con tu carne pueblas el vacío.

Ignacio Manuel Altamirano, "Toda tú"

Amenizar

El son del tilingo lingo
es un baile sabrosón,
que se baila con estilo
de la bamba y el danzón.

Lino Carrillo, “Tilingo lingo”

Andar

Andamos como andamos, porque somos como somos.

Filósofo de Güemez

Anochecer

Y tras del crepúsculo, un crepúsculo dulce y lento,
todo elegancia de acuarela, sobreviene la noche.

Carlos González Peña, "El sueño de la provincia"

Antojar

Al freír será el reír y al pagar será el llorar.

Dicho popular

Añorar

¿Por qué esta repentina gana de llorar?
Pura la luz, Dios azul, alta la frente del cielo.

Andrés Henestrosa, “La llorona”

Apaciguar

Eso hacía el mar: hipnotizaba; creaba un silencio hueco, de oscuros lengüetazos;
borraba el tiempo inmediato; creaba un gran tiempo, lleno de trascendencias desconocidas.

Emilio Carballido, *El norte*

Apasionar

La pasión es la nota que da el tono a la vida de México, sobre todo cuando alguna actividad particular trasciende a la escena pública.

Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*

Apostar

Platicar con el que sepa y jugar con el que tenga.

Refrán

Armonizar

Date gusto, vida mía, que yo me daría otro tanto,
que yo me daría otro tanto, date gusto vida mía.
No vaya a ser que algún día el gusto se vuelva llanto,
el gusto se vuelva llanto, date gusto vida mía.

Canción tradicional, “El gusto”

Arriesgar

Baila al son
del tequila y de su valentía,
es jinete que arriesga la vida
en un lienzo de fiesta y color.

Guadalupe Trigo, “Mi ciudad”

Asombrar

Con los pies en la tierra, la mirada en el universo.

Julieta Fierro

Atardecer

Morir cuando la luz, triste, retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Manuel Gutiérrez Nájera, “Para entonces”

Atrapar

Te has metido en mi cabeza
y dentro de lo persistente,
y tu misterio de sirena,
y el señuelo entre tus redes
se han sabido hacer presentes
sin otro afán que el de estarlo,
la tibieza en tus corrientes
y en tu sonrisa de océano.

Fernando Delgadillo, "Balada marinera"

Avanzar

Después de desfilar dos veces, comenzaron a bailar. Brincaban sobre el suelo apisonado y lleno de mugre con las retintineantes espuelas. Cuando hubieron bailado alrededor de la habitación dos o tres veces, volvieron a caminar, otra vez a bailar, otra vez a caminar, otra vez a bailar, así que cada número duraba una hora.

John Reed, *México insurgente*

Ayudar

Un acomedido, hasta en la cárcel cabe.

Refrán

Bailar

El mariachi loco quiere bailar,
el mariachi loco quiere bailar;
quiere bailar el mariachi loco,
quiere bailar el mariachi loco.

Román Palomar, “El mariachi loco”